

LA REDACCION

Valoración de la Muestra de Ambrosio Aliverti

TODO ENFRENTAMIENTO DEL ARTISTA con la crítica, es un riesgo para la crítica. Exponer, no es búsqueda de notoriedad. Es una actitud de permanencia. Es la fidelidad a un sentimiento entrañable. El juicio múltiple, coincidente, podrá consagrar un nombre. Lo cierto, sin embargo, es que el creador responde a su sino verdadero. La creación es un modo particular de sentir la vida, y las cosas que a ella pertenecen. Lo indudable, empero, es que el juicio que perfila la madurez de una obra, no modifica el desarrollo de los sentimientos que animan la pasión del artista. Porque la obra es la individualización de un estilo de vida. En ella —cuando la vida se vive en intensidad y sinceridad— se descubre el rastro más hondo de una existencia consagrada a ser uno mismo, ser invariable en la mismidad.

De suerte, pues, que la crítica ni descubre ni revela. Cuando analiza, no lo hace sobre cosa muerta, sino frente a la obra, plural presencia. La crítica no es fundamentación de la obra. En cambio, la obra es la raíz de la crítica. La crítica es posible porque siempre hay un creador. Creador, simplemente, y no artista. El artista, no siempre es creador. Frente al creador —en arte, permanecen los creadores— la crítica no advirtió la importancia de la creación. Y a redropelo de ella, permanecieron los hombres que adoptaron una actitud de resistencia a la costumbre. Y que en la larga vigilia, encontraron

el acento de su personalidad, pronunciamiento recóndito de insatisfacción espiritual.

La crítica ha permanecido indiferente ante una muestra de categoría artística como la efectuada por Ambrosio Aliverti, en la Peña de las Bellas Artes. Es la misma muestra, que a requerimiento del Rector del Colegio Nacional —constituída con motivos de Chilecito y Samay Huasi— expuso en la sala de profesores de la casa de estudios. Ni aquel acto ni esta consagración, alteran los modos de ser de Aliverti. Está en la posición consecuyente del creador. No es la suya la obra distorsionada del modernismo exasperado. Es posible que el silencio de la crítica, responda a la incapacidad para advertir la significación de un quehacer pictórico que no ha destruído los elementos tradicionales de expresión. No es una postura de Aliverti. Es una actitud racional de congruencia artística. La claridad del discurso es el resultado de la claridad en las ideas. Es, además, una forma de respeto por el arte y por quienes llegan hasta él para celebrar una continuidad lógica en la creación pictórica.

El paisaje es el refugio para la ansiedad poética de Aliverti. En la muestra de *La Prensa*, efectuada en 1946, los verdes del mediterráneo cordobés caracterizaron una sensibilidad de ricos matices. En el ámbito selvático —en contacto con una naturaleza que no mezquina su serenidad acogedora— el artista descubre en él la dimensión de su realidad como verdad. Y recoge esa emoción sustancial en las telas. Es decir, su emoción de hombre, liberado circunstancialmente en el recinto vegetal por la armonía establecida, en esa hora singular, entre el ser que crea y la naturaleza perpetuamente ofrecida. Y, en ese instante, el observador desapasionado aprehende el subjetivismo espiritual de Aliverti. Es una evasión del complejo mundo comarcano. No escapar de la vida —que es la razón del hombre—, sino atisbar una latitud de la belleza en la interioridad del ser. Y no se queda en el oriente serrano. El artista retorna con su corazón diáfano y con la carga de telas. En ellas —en la exuberancia de la fronda espléndida— el artista nos enseñó a mirar hacia el cielo y a buscar en nosotros. Porque la belleza, finalmente, está en nosotros. Si no está allí, es vano intento buscarla fuera.

En esta otra muestra, no predominan los verdes de Córdoba. Han transcurrido trece años. La necesidad de comunicación plástica, le reclama modificar el rumbo geográfico. Y, alternativamente, su pupila avara de luz se detiene en la pétrea configuración andina y en la llanura pampásica. Mas el paisaje no atrapa al pintor. La transcripción a la tela, no es verista. El artista no se hipoteca a la realidad absoluta. Conduce sus propias emociones. Es un poeta que no resigna tal condición. Persiste en ser él, dominador de panoramas. Y las telas poseen la vibración íntima de quien realiza el paisaje que lleva en su entraña, la latitud con la que sueña, el universo poético en el cual ambiciona residir y en el que nos instala definitivamente. ¿Importa mucho la conciencia de que el paisaje, en las telas de Aliverti, no es vero-

VALORACIÓN DE LA MUESTRA DE AMBROSIO ALIVERTI

símil con la realidad? Es la función del creador. El artista es un hombre en el que repercuten los sucesos de la cotidianidad. Es, también, un trabajador. Las obligaciones morales han reducido la peripecia de su aventura artística y ha de transitar las calles de la ciudad en urgencia jornalera. Pero el ser poético va consigo. Y en las jornadas de descanso, persiste el fervor por ese horizonte inalcanzable y el cielo convidador. Entonces, aparece en su lienzo una pestaña de tierra cultivada y una línea lejana que la separa de la bóveda azul. O esa calle de San Miguel —que puede ser una calle de cualquier lugar del mundo— que se abre como una promesa y que, al fondo, toma un sesgo hacia el infinito. Es la urgencia andariega que cantó Juana de Ibarbourou: *Si yo fuera hombre / qué loco, tenaz vagabundo que había de ser. / Amigo de todos los largos caminos / que invitan a ir lejos para no volver.*

La luz es la libertad. Lo sabía Leopoldo Lugones. Así lo siente Aliverti en un contraluz. El motivo puede ser fotográfico. Desde el interior de un establo lo requiere el contrafrente iluminado. Es el hombre que se confiesa contenido en un ámbito intrascendente. Y que elude lo premioso, merced a la sugestiva metáfora pictórica. Todo ello, sin acrimoso discurso. La inconformidad del artista no se resuelve en estridencias literarias. Permanece fiel a su ser soñador. Y nada altera el registro de su paleta porque la armonía colorística reside en el equilibrio espiritual de un hombre que todo lo lleva en sí mismo. Y para quien la pintura es un elemento —no un instrumento— que le permite realizar la vida que no puede vivir. Y en el paisaje idealizado de Aliverti, se refugia nuestro cansancio ciudadano.

Es la deuda de gratitud contraída con el artista creador. Porque la fuerza creadora se descubre en el paisaje que le pertenece, extraído de lo más hondo, sin desgarramientos. Y que por ser de él es un poco de todos. La universalidad de la obra es la consagración del artista. Conviene anotarlo, porque la plástica capitalina está urgida de temperamentos como tenaces el de Aliverti, trabajador silencioso y constante valorizador de la pintura como registro de emociones colectivas.